

«Debieron haberle matado»

Un informe sobre la detención, durante 32 días, de Isaac Osuoka, presentado en una conferencia de prensa organizada por Environmental Rights Action (Amigos de la Tierra, Nigeria), en Lagos, el 30 de junio de 1998

Es esta una descripción de mi reciente detención durante un mes y dos días, en dos centros policiales de Lagos, sin cargos y sin juicio. Mis captores, agentes del gobierno militar y de sus colaboradores civiles, decidieron liberarme la noche del viernes 26 de junio. Otros tres compañeros pasaron por el mismo trance: Adewale Balogun, Dalandi Abdulsalam y Munitala Rahman, este último de catorce años de edad.

Los cuatro fuimos trasladados, a primeras horas de ese día, del Centro de Detención Área F de la policía estatal de Lagos, a la jefatura central Ikeja. En ese lugar fuimos encerrados en una habitación, sin ningún tipo de explicación sobre qué harían de nosotros. Varias horas más tarde, cuando ya había (anochecido), se nos informó que podíamos marchar a nuestros respectivos domicilios.

Mis tres compañeros habían sido llevados al Área F pocos días después que yo y mi abogado, Mr. Bamidele Aturu, fuésemos conducidos allí, el 29 de mayo. Mi abogado, que posteriormente recuperó su libertad, había sido detenido por intentar desarrollar su tarea profesional, al tratar de que se me fijase una fianza. Mis otros tres compañeros habían sido detenidos por posesión de panfletos y carteles denunciando la dictadura militar nigeriana y haciendo un llamamiento al pueblo de Nigeria para que se liberase de las fuerzas del neocolonialismo y el neofeudalismo. Dichos materiales habían sido producidos por la coalición opositora *United Action for Democracy*.

Fui arrestado en Lagos, la noche del 26 de mayo, junto con mi amigo y compañero holandés Aart Van Den Hoek (coordinador de *Oil Watch Europe*), por un grupo de policías y soldados que registraron el taxi en que viajábamos y descubrieron copias del *Niger/Delta Alert*, boletín mensual publicado por el Delta Information Service del ERA, y otros informes que exponían los abusos contra los derechos humanos y ambientales cometidos a diario por la compañías petroleras multinacionales (especialmente la Shell) y por los militares, en el delta del río Níger. En mi poder hallaron también carteles que exhortaban a resistir contra la intención del desaparecido y paranoico dictador, general Sani Abacha, de convertirse en presidente civil el próximo mes de octubre. Los carteles habían sido impresos por la opositora *Democratic Alternative*, organización de la que soy miembro.

Aart y yo fuimos arrestados inmediatamente y conducidos a la comisaría de Surulere, cerca de Ojuelegba, Lagos. Allí estalló una fuerte discusión entre los policías, que se solidarizaban con nuestra lucha en favor de la justicia, y los soldados, que insistían en cumplir con su tarea; es decir, apoyar la opresión del pueblo de Nigeria, consciente o inconscientemente. Según los militares, el material que me habían confiscado era «sedicioso»; cargo éste que ya no existe en la legislación nigeriana. Al fin, nuestros defensores perdieron la discusión y fuimos detenidos.

Aart fue liberado al día siguiente y de inmediato comunicó mi situación a mis compañeros, que participaban en un encuentro continental de grupos que trabajaban en favor de una gestión sustentable de las selvas. Yo había viajado a Lagos desde mi base en el delta del Níger para participar en dicho encuentro. Cuatro días después de mi detención, el abogado que ERA había contactado para hacerse cargo de mi caso también fue arrestado. Según la policía, Aturu debía saber algo sobre el material que me habían confiscado.

«Debleron haberle matado»

Desde Surulere nos trasladaron encadenados ante el comisario de la policía estatal de Lagos, el tristemente conocido Alhaji Abubakar Tsav. Cuando nos presentaron ante él, le preguntó al oficial que nos conducía por qué los soldados no me habían disparado. Después de mirarme de pies a cabeza me dijo: «Debieron haberle matado». Por orden suya fuimos transferidos al temible centro de detención Área F, donde nos encerraron en una celda en la que se hacinaban otros cuarenta presos. Dormíamos sobre el suelo de cemento, que estaba húmedo la mayor parte del tiempo. Debíamos dormir por turnos, pues no había espacio suficiente. Sin servicios sanitarios, los mosquitos nos devoraban, por lo que la malaria es una dolencia generalizada. Pero no hay medicamentos ni atención médica. Una vez a la semana se les da a los prisioneros un potaje que llaman comida. Los demás días se las tienen que arreglar por cuenta propia. Quienes no reciben dinero de familiares o amigos, pasan hambre. Algunos mueren. No todos los prisioneros mueren de hambre o malaria, otros son torturados hasta morir, mientras se les fuerza a decir «la verdad». Aun sin haber sido juzgados, se fusila a sospechosos de robo a mano armada. Los guardias los sacan de las celdas antes del amanecer y el ruido de los disparos confirma a los demás prisioneros que otra vida ha sido truncada. Para aquéllos de nosotros cuyas celdas estaban bajo la sala de torturas, dormir era poco menos que imposible, pues las noches estaban atravesadas por los gritos de los torturados. Era más terrible aún cuando reconocíamos por sus gritos a un compañero de celda; no puede uno dejar de pensar que tal vez el próximo sea su turno.

No puedo enumerar todo lo que experimenté en el Área F ahora que estoy fuera. Después de 32 días de detención ilegal por mi compromiso con la justicia ambiental y una Nigeria democrática, me he encontrado con lo que podría mal interpretarse como una nueva realidad. Abacha ha muerto y otro militar ocupa su lugar, liberando presos políticos y llamando a la reconciliación nacional. Sin embargo, sabemos que hay poco que festejar. A largo plazo, cualquier avance en pos de la democracia y por un desarrollo orientado hacia la gente, sólo será garantizado por la lucha del pueblo mismo y no por los jefes tradicionales y los políticos que asesoran hoy al general Abubakar, cuando son ellos mismos los que han arruinado nuestro país.

Para nosotros está claro: *A luta continua!*

Finalmente, deseo aprovechar la ocasión para agradecer a los periodistas, a los defensores de los derechos humanos y ambientales de Nigeria y del extranjero, y a mis compañeros por las campañas realizadas a mi favor y que obligaron a mis captores a liberarme.

Isaac Osuoka